

La crisis de la financiarización: la crisis de la solución a la crisis

Isidro López Hernández

El mundo en que vivimos ha entrado en una nueva fase de la crisis. Pero ¿de qué crisis estamos hablando? ¿A cuál de las casi infinitas declinaciones de la palabra crisis nos referimos? ¿Es una crisis o son múltiples? ¿Es otra crisis o la misma de siempre? Evidentemente no hay a estas preguntas una respuesta ni única, ni definitiva. Y en cualquier caso, para este tipo de preguntas de tanto barrido una respuesta sólida es aquella que, a su vez, genera otros tantos interrogantes, y sucesivamente.

Por un lado, el periodo actual es la continuación de tendencias que vienen de largo, sobre todo en los elementos que la componen tomados analíticamente uno por uno, pero también tiene algo de radicalmente nuevo, en la manera en que estos elementos se combinan y jerarquizan para diseñar campos preferenciales de descarga de costes. Los Estados capitalistas centrales, EEUU y los grandes países de Europa occidental, que han sido sinónimo de poder político y económico sobre el resto del mundo durante cuatro siglos, están, por primera vez de forma visible, en el lado «perdedor» de la crisis. Pero esta afirmación de la «decadencia» de Occidente apenas ha afectado a las posiciones de poder de sus distintas élites dirigentes, más allá de una constante pérdida de legitimidad de la representación en la esfera espectacularizada de la política electoral. No se puede decir lo mismo de las poblaciones de Estados Unidos y Europa, sobre todo de las clases medias construidas por medios fundamentalmente socialdemócratas y keynesianos, que han ido perdiendo la capacidad material de reproducir sus posiciones sociales en el largo ciclo neoliberal. Y es que sobre la existencia de estas clases medias acomodadas

se ha sostenido fundamentalmente la legitimación de los regímenes políticos del Occidente capitalista posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

La gran diferencia entre la situación actual y la crisis de 2008 es que esta no es una crisis financiera. En el *crash* financiero, la brusca desvalorización de los precios de los activos provocó una rápida sucesión de intervenciones de emergencia y legislaciones de excepción para poner un suelo a la situación de caída libre. En el caso de la crisis de 2008, esta coyuntura agonística trajo lo que entonces fueron los mayores rescates bancarios de la historia, en una intervención global de los bancos centrales que situó visiblemente a la Reserva Federal de Estados Unidos como cabeza dirigente del capitalismo financiero global, con el Banco Central Europeo como sucursal de la Fed en la Zona Euro.¹ La crisis financiera duró poco, los aproximadamente catorce meses que van desde septiembre de 2007 a diciembre de 2008, lo realmente largo ha sido la cola de consecuencias económicas y políticas. Esta ha consistido en una mezcla experimental de políticas monetarias extremadamente laxas y distintas rondas de austeridad en el gasto público, que trajeron los rescates billonarios² en los momentos de pánico financiero. Y estas consecuencias han durado más de una década sin que el dinamismo del proceso de acumulación, el crecimiento, se haya recuperado.

La insólita serie de intervenciones estatales que acometieron los países capitalistas centrales durante los momentos de congelación casi absoluta de todos los circuitos económicos durante el periodo pandémico fueron el aviso de una transformación profunda en la coyuntura capitalista. Tanto en Estados Unidos como en Europa, la escala de las intervenciones deja pequeños los rescates bancarios de la crisis de 2008.³ Pero no es solo una cuestión de escala de la transformación es también, y sobre todo, una cuestión cualitativa. La total sensación de experimentación en las políticas públicas de excepcionalidad pandémica, en una situación en la que los niveles de sumisión a los aparatos de Estado fue máxima en todo el mundo, ha tenido como resultado desarrollos concretos que parecían muy lejanos, cuando no simplemente impensables, tan solo hace unos pocos años.

¹ John Grahl, «La dolarización de la Eurozona», *New Left Review*, núm. 125, noviembre-diciembre de 2020: «En las operaciones crediticias internas de la UE se utilizan dólares como garantía, tanto porque otras formas son escasas, como por el tratamiento normativo relativamente favorable de los *foreign exchange swaps* en relación con los repos en euros. Realmente, los *foreign exchange swaps* pueden ser el instrumento más importante dentro de los mercados de crédito de la eurozona».

² Según datos de Adam Tooze, todos los países de la OCDE gastaron entre el 30 % y el 90 % de su PIB en las distintas formas de rescate bancario en 2008. Adam Tooze, *Crash*, Barcelona, Crítica, 2018.

³ Por poner un ejemplo, el Troubled Assets Relief Plan (TARP) el mayor programa de compras por parte del gobierno norteamericano de activos tóxicos disponía de 700.000 millones de dólares, mientras la CARES Act aprobada por el gobierno de Donald Trump para intervenir el parón económico en la pandemia disponía de 3,3 billones de dólares.

¿El fin del capitalismo, de nuevo?

La total falta de precedentes históricos cercanos a algo parecido a los años de la pandemia en Europa y Estados Unidos, no así en otros lugares del mundo, ha traído de vuelta el debate acerca del final del capitalismo a los ámbitos de la economía crítica y el marxismo. En esta ocasión ha sido Evgeny Morozov en las páginas de la *New Left Review* quien firma quizá la intervención de mayor repercusión pública sobre el asunto.⁴ En «Crítica de la razón tecnofeudal» Morozov repasa, con el espíritu crítico que anuncia en el nombre del artículo, un elenco dispar de autores actuales y clásicos, que sostendrían en distinto grado que en realidad el capitalismo como tal habría desaparecido y en su lugar habría aparecido una especie de «neofeudalismo» extractor de rentas tecnológicas en Internet. El artículo de Morozov despacha de manera contundente la posibilidad de nada remotamente similar a un neofeudalismo. En su opinión Google o Spotify venden servicios de ordenación de la información y son como cualquier otra empresa capitalista que vende un producto en el mercado. «Spotify es tan capitalista de pura cepa como Henry Ford» sentencia Morozov.

Para Morozov el problema es que el diagnóstico de involución al «neofeudalismo» es el síntoma de la incapacidad de la izquierda para pensar el capitalismo financiero desde el análisis político y no desde la condena moral. Decir o sugerir lo «feudal», o simplemente el «extractivismo», como forma dominante del mundo económico actual es, para Morozov, una manera apenas velada de sostener el cliché de la clase capitalista «improductiva» y «parasitaria», y, sobre todo, sería una expresión de pereza intelectual que nos aleja del conflicto de clases «real».⁵ Este punto en concreto, central en el argumento de «Crítica de la razón tecnofeudal», es poco discutible: el avance del método crítico marxista, o simplemente materialista, sobre otras formas de crítica social es precisamente que se formula en términos políticos sistémicos y no morales, en última instancia acabar con el capitalismo es acabar con las posiciones de poder que produce, no con la corrupción moral de los humanos. Pero Morozov va más allá y entra en la crítica de lo que han sido algunas de las interpretaciones centrales del capitalismo de los últimos cuarenta años.

⁴ Evgeny Morozov, «Crítica de la razón tecnofeudal», *New Left Review*, núm. 133/134, marzo-junio de 2022. Este y otros textos relacionados o de respuesta al de Morozov se pueden encontrar recopilados en *Las bifurcaciones del capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2022.

⁵ «La idea de que el feudalismo está resurgiendo también es coherente con las críticas de la izquierda que condenan el capitalismo como extractivista. Si los capitalistas de nuestros días son meros rentistas holgazanes que no contribuyen en nada al proceso de producción, ¿no merecen ser degradados al estatus de terratenientes feudales? Esta adopción del imaginario feudal por parte de las figuras de la intelectualidad de izquierda, amigas de los medios de comunicación y de los memes, no muestra signos de cesar. En última instancia, sin embargo, la popularidad del lenguaje feudal es una muestra de debilidad intelectual, más que de astucia». *Ibidem*.

En concreto, critica tanto la posición de Robert Brenner en el primer debate Brenner⁶ sobre la transición del feudalismo al capitalismo como el concepto de David Harvey de la acumulación por desposesión. Y no solo despacha a las «vacas sagradas», también a dos de los autores más jóvenes, Brett Christophers y Cédric Durand, que han defendido la diferencia específica entre los modelos capitalistas financiarizados de los últimos cuarenta años y los anteriores modelos manufactureros industriales.⁷ Aquí Morozov peca de una lectura superficial y apresurada que le lleva finalmente a caer en el trazo grueso de decir que vivimos en el «capitalismo de siempre», borrando de un plumazo las diferencias entre la producción de plusvalor y la captación de rentas.⁸

Volviendo a la fuente marxista de legitimación que el propio Morozov esgrime: Marx era perfectamente consciente de las diferencias entre el plusvalor y la renta. En concreto, las rentas del suelo, de las que no habla el artículo de Morozov, fueron un quebradero de cabeza para terminar de construir el fenomenal edificio de *El capital*. Los capítulos del Libro III dedicados a la renta del suelo son poco más que apuntes de trabajo recopilados por Engels en los que Marx, que veía la renta del suelo como una forma feudal tendente a desaparecer, se enfrenta a este problema sin que le diera tiempo a mucho más que plantear el problema. En ese sentido, salvo que despachemos a Marx como «neofeudal», este debate sale de *El capital*. Por retomar el ejemplo, decir que Spotify es tan capitalista «de pura cepa» como Henry Ford solo es una contestación solvente para quienes no ven las diferencias evidentes entre Mark Zuckerberg o Elon Musk y un señor feudal, o entre los usuarios de Spotify y los siervos de la gleba. Para cualquier análisis más complejo de la relación entre la explotación y la expropiación, o entre plusvalor y renta, la afirmación de Morozov del *bussiness as usual* es una trivialidad.

Las preguntas entonces son: si seguimos en el capitalismo y no estamos en un «neofeudalismo» pero no estamos en el «capitalismo de siempre», ¿en qué régimen capitalista estamos? ¿Y en qué punto de su trayectoria se encuentra? La respuesta rápida sería que estamos en la crisis terminal del capital, una crisis de decantación lenta pero irreversible en la que los resortes que

⁶ El primer debate Brenner fue un debate propiamente historiográfico sobre la naturaleza y la periodización de la transición entre el feudalismo y el capitalismo en el que Robert Brenner defendía la hipótesis de la aparición del capitalismo agrario en Inglaterra y no en Francia como consecuencia de la diferente potencia de las luchas de clases en ambos países. Donde en Francia la fuerza del campesinado impedía la plena conversión de la agricultura al capitalismo, en Inglaterra, la derrota del campesinado fue clave para la construcción del modo de producción capitalista.

⁷ Brett Christophers ha escrito alguno de los libros recientes de mayor influencia en el mundo anglo sobre la financiarización entre ellos *Rentier Capitalism: who owns the economy and who pays for it?*, Londres, Verso, 2020. Cédric Durand por su parte publicó el interesante libro *Fictitious Capital: how finance is appropriating our future*, Londres, Verso, 2017 y relacionado directamente con el tema del artículo de Morozov, *Tecnofeudalismo*, Buenos Aires y Donosti, y La Cebra y Kaxilda, 2021.

⁸ K Marx, *El Capital*, trad. Pedro Scaron, Libro III, Madrid, Siglo XXI, 2001.

permitían el dinamismo del proceso de acumulación están definitivamente erosionados. Y, como dice Mckenzie Wark,⁹ el capitalismo puede haber muerto, pero algo peor puede venir después si no hay una contestación política a la altura y de la radicalidad de la transición histórica que estamos viviendo.

Exceso de capacidad permanente

Por un lado, el capitalismo no termina de superar los bloqueos históricos del proceso de acumulación que emergieron en los años setenta: una fuerte tendencia a la baja en las tasas de beneficio industriales y un estancamiento secular del crecimiento de la productividad del trabajo. Las consecuencias históricas de estos dos procesos han estado relacionadas con el trabajo y su papel en los modelos fordistas: desempleo de masas, caída de los salarios reales, retroceso de los niveles de protección social, precariedad generalizada. Es la llamada crisis de sobreacumulación.

Aaron Benanav es uno de los autores recientes que mejor ha utilizado el concepto de sobrecapacidad para sus propias investigaciones, entre las que se encuentra *La automatización y el futuro del trabajo*.¹⁰ Benanav utiliza el concepto de sobrecapacidad de Robert Brenner¹¹ para analizar qué sucede con la nueva oleada de automatización de la producción basada en las distintas formas de big data e inteligencia artificial.

La conclusión de Benanav es tan demoledora como contraintuitiva, cada ciclo de inversión industrial tecnológicamente innovadora, lejos de acercarnos a la salida de la crisis y la vuelta del crecimiento económico lo que hace es profundizar los problemas estructurales de rentabilidad y productividad del capitalismo actual. La causa: una crisis de exceso de capacidad permanente heredada de los años setenta y que no ha parado de agravarse durante las décadas de la hegemonía neoliberal en la globalización. Este exceso de capacidad afecta especialmente a las que fueron las industrias punteras del gran ciclo de crecimiento fordista / keynesiano conocido como los «treinta gloriosos» como el automóvil o la aeronáutica. Y esto porque simplemente la competencia es demasiada. Es decir, en cada ciclo sucesivo de crisis el patrón es: demasiadas entradas, pocas salidas.

En este contexto, los programas keynesianos de intervención del Estado lo que provocan es que el ajuste, el mecanismo de equilibrio del capitalismo que funciona destruyendo el valor que previamente el trabajo ha creado

⁹ Mckenzie Wark, *Capital is Dead: Is this something Worse?*, Nueva York, Verso, 2019.

¹⁰ Aaron Benanav, *La automatización y el futuro del trabajo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2021. Véase también «Un exceso de capacidad devorador» la aportación de Benanav al debate abierto por Robert Brenner y Dylan Riley en la *NLR* y recopilados en *Sobre el capitalismo político: el nuevo debate Brenner*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024.

¹¹ La primera versión de la tesis del exceso de capacidad de Brenner se encuentra en *La economía de la turbulencia global*, Madrid, Akal, 2009. La tesis se refina en *La expansión económica y la burbuja bursátil*, Madrid, Akal, 2003.

de forma masiva, no realice su operación generando la saturación de agentes empresariales en los sectores económicos a los que se les supone la capacidad de relanzar el beneficio y la productividad. En concreto, en el momento en el que los Estados intervienen en la operación de ajuste, retrasándola o posponiéndola a futuro, se produce una distorsión en la que empresas con estructuras de costes demasiado elevadas pueden seguir produciendo, saturando mercados de por sí saturados.

Los cambios tecnológicos, en la medida en que se producen antes de que se amortice la masa de medios de producción no realizados, añaden todavía una capa más de costes a la larga línea histórica de costes provocados por la imposibilidad de realización de los capitales en este contexto. En última instancia, esta situación se resuelve por la vía de la destrucción de empleos industriales, y la caída en picado de la población de clase obrera.

La larga crisis de la sociedad salarial

En el Occidente capitalista, muy especialmente en el continente europeo, la persistencia de los efectos de fondo de la crisis de sobreacumulación a lo largo de cincuenta años ha liquidado lo que era su eje vertebrador desde la Segunda Guerra Mundial: el empleo fordista. La figura del trabajo protegido daba acceso a un ingreso salarial estable y convertía en predecibles las trayectorias personales y familiares a través de un espacio social de posiciones jerarquizadas tendentes a coincidir con la clasificación de las cualificaciones laborales.

Tras cuarenta años de agonía de este modelo de sociedad salarial fordista, hoy se puede ya ver con nitidez suficiente cómo le sustituye un régimen que profundiza considerablemente la intermitencia en los ingresos salariales y la aceleración de la rotación laboral. El mercado laboral se escinde cada vez más entre los nichos protegidos y superprotegidos en un puñado de grandes empresas y del sector público y una amplia extensión de la precariedad vinculada, de una forma u otra, a las largas cadenas de subcontratación. No hay todavía un nombre convincente para esta fase que representa una profundización de anteriores fenómenos relacionados con la degradación de los mercados de trabajo fordistas como el «paro» o la «precariedad».

Como hemos visto, a medida que la crisis de sobreproducción se agrava en los países centrales, los Estados se han visto crecientemente obligados a intervenir para reconstruir las relaciones de poder capitalistas que ya no emergen de la producción mediante todo tipo de políticas públicas. En la medida en que estas intervenciones estatales impiden que se realice plenamente la operación de ajuste de mercado, agravan la crisis de sobrecapacidad y, en lugar de ser suplementadas y ampliadas por la iniciativa privada, tal y como nos dice el keynesianismo, requieren de nuevas intervenciones del Estado para mantener mínimamente la escala del proceso de acumulación y las posiciones de poder que de él cuelgan.¹²

¹² Quizá el ejemplo más extremo de este tipo de intervención fue el uso masivo de los ERTE en los sectores industriales europeos durante los años de pandemia. Los ERTE

La fuente última de legitimación de los Estados capitalistas occidentales, tanto en la Europa de posguerra como en los Estados Unidos después del New Deal, es ser capaces de proporcionar unos mínimos de bienestar a sus poblaciones trabajadoras. Si el empleo y el salario se desestabilizan como herramientas de integración los modelos políticos occidentales sufren un fuerte riesgo de deslegitimación. La consecuencia directa de este ordenamiento, es que los Estados, y no el capital, se ven obligados a reproducir las condiciones para que los mercados de trabajo capitalistas, principal fuente de percepción de ingreso para la mayoría de sus poblaciones, repartan unos mínimos de ingreso salarial y, en ese sentido, también funcionen en un sentido integrador.

Crisis de la financiarización, crisis del neoliberalismo

Tanto la crisis de exceso de capacidad permanente como la erosión de los mercados laborales en los países centrales, que tiene como consecuencia, son dos procesos paralelos y relacionados desde los años setenta. El ascenso de las finanzas como fracción dominante del capital fue decantándose a lo largo de una década, desde principios de los setenta hasta principios de los ochenta. El desenganche del dolar del patrón oro, el reciclaje de los petrodólares en los mercados financieros americanos o la drástica subida de los tipos de interés a cargo de Paul Volcker¹³ en 1979 fueron algunos de los grandes hitos en los primeros años de ascenso de las finanzas como respuesta a la profunda crisis de rentabilidad de la industria fordista.

El neoliberalismo ascendente fue el proyecto propiamente político de las finanzas en su ascenso a la hegemonía dentro del capital. Mantenido con vida en algunos núcleos intelectuales anglosajones y alemanes¹⁴ durante la larga noche del keynesianismo y la socialdemocracia, el discurso de la libertad individual de comprar y vender en el mercado como principio rector de la vida social casaba perfectamente con el desarrollo de los mercados financieros y las espirales de revalorización de los precios de activos, así como con el régimen de máximo beneficio y remuneración a una nueva clase de multimillonarios sin vinculación alguna con la industria.

La primera tarea política autoasignada del neoliberalismo fue fundamentalmente de destrucción de los «obstáculos» percibidos en el camino del libre mercado generalizado. El primero de ellos, el orden político que sostenía el inmenso aparato público del modelo fordista / keynesiano, ya fuera de origen socialdemócrata o demócrata cristiano. Recortes del gasto público,

supusieron una línea de pago a las empresas para que pudieran pagar la masa salarial durante los meses de la pandemia. Este enfoque, centrado en las empresas contrasta con el modelo de pagos personales que se utilizó en Estados Unidos. En Europa, los ERTE se usaron como forma de rescate de la relación capital-trabajo.

¹³ Paul Volcker fue presidente de la Reserva Federal de 1979 a 1986. Fue nombrado por Jimmy Carter y continuó durante el mandato de Ronald Reagan.

¹⁴ Hoy se suelen considerar cuatro escuelas históricas de neoliberalismo: la Escuela de Chicago, la Escuela de Virginia, la Escuela austriaca y el Ordoliberalismo alemán.

privatizaciones, levantamiento de los controles de capital internacionales, desregulación financiera y sustitución de las provisiones públicas de sanidad y pensiones por mecanismos de aseguración privados y fondos de pensiones fueron algunas de las líneas centrales de aquel primer neoliberalismo de los años ochenta. Y para llegar a ese punto no se dudó en destruir el poder del trabajo organizado tanto como se pudo. Los ejemplos de Thatcher con la huelga de los mineros o de Reagan en la huelga de los controladores aéreos en los primeros ochenta son ejemplos clásicos.

El plan alternativo para generar un modelo político, algo así como la dimensión «propositiva» de la nueva élite financiera neoliberal, ha sido la extensión del crédito y sus mecanismos de conversión en activos negociables en los mercados financieros. Pero la novedad real de la apuesta neoliberal fue la extensión del crédito como mecanismo de monetización de la propiedad inmobiliaria. Tendencialmente, el dinero a crédito aspiraba a tener una fuerte capilaridad social en tanto forma de generación de ingresos relativamente independiente del mercado laboral. En ausencia de capacidad para adquirir acciones y bonos, la inmensa mayoría de las distintas capas medias de estas sociedades pusieron la vivienda como activo inmobiliario susceptible de generar riqueza «tangible», y vincularon su fortuna financiera a la eterna subida de los precios de la vivienda. Hasta que se cortó drásticamente en 2007, esta dinámica «virtuosa» no paró de aumentar su poder de absorción de poblaciones, instituciones y territorios, generando una fase de crecimiento fuerte en aquellos países, como España, que lo apostaron todo al ciclo inmobiliario-financiero. En última instancia se trataba de movilizar el viejo ideal liberal clásico de la sociedad de propietarios, pero con la deuda y el crédito generalizados como mecanismos de sujeción a la disciplina del orden capitalista.

En 2024, echando la vista atrás se puede considerar ya que 2008 fue para el modelo neoliberal-financiero, lo que 1973 fue para el modelo fordista-industrial, el punto histórico en el que la tendencia se quiebra y comienza a apuntar hacia el declive cíclico. A distintos ritmos, primero Estados Unidos y Japón, más tarde la Europa saliente de la espiral autodestructiva de la austeridad impuesta por el gobierno de Angela Merkel en Alemania, la política de recuperación consistió en una bajada drástica de los tipos de interés que anegó los circuitos económicos de dinero barato.

El fin último de este movimiento fue retrasar un ajuste generalizado en las economías occidentales provocado por su acelerada pérdida de competitividad frente a Asia. Lejos de la celebración de las virtudes del mercado para depurar unidades productivas ineficientes, una vez ya adjudicados los costes de la crisis a aquellos sin capacidad política de respuesta —las poblaciones dominadas y sus ecosistemas—, el neoliberalismo realmente existente desplazó los costes de la crisis para las distintas fracciones del capital a futuro, en esta ocasión mediante una inundación generalizada de dinero con el fin de lubricar los mercados financieros. Sin embargo, la enorme sacudida de la pandemia global, que, recordemos, llegó a llevar a la economía global

cerca del «cero absoluto» de actividad, necesitaba algo más que políticas de anegación monetaria de los mercados financieros globales.¹⁵ La vuelta de la inflación galopante en la salida de la pandemia indicaba el fin momentáneo de la era del dinero ultrabaratado con una subida de los tipos de interés que apenas se ha podido mantener dos años antes de que todos los bancos centrales del mundo hayan comenzado de nuevo a bajar los tipos de interés ante el miedo, de nuevo, a la recesión.

El *crash* del modelo urbanizador global

El fortísimo ciclo de urbanización que vivió el mundo entero desde mediados de los años noventa hasta 2007 fue la materialización física y social de este modelo experimental de crecimiento, y de sociedad, neoliberal. La rapidez con que este modelo se ha comenzado a extinguir, ni siquiera la mitad de años de lo que duró el esplendor del fordismo, es casi análoga a su multiplicación exponencial durante su *belle époque*. El agravamiento visible de la crisis ecológica global y, en concreto, de la crisis climática es consecuencia directa de los fortísimos impactos territoriales y requerimientos físicos de energía y de materiales que arrastró consigo lo que Ramón Fernández Durán llamó el tsunami urbanizador global.¹⁶

El caso español es en este sentido un ejemplo de libro de texto.¹⁷ Se puede decir que España se especializó entonces en la producción de rentas inmobiliarias relacionadas, en mayor o menor medida, con el excedente financiero que genera el turismo y en su redistribución entre la capa propietaria de vivienda de la población. En términos cuantitativos, tanto monetarios como biofísicos, los indicadores de extensión de la burbuja inmobiliaria palidecen ante el colosal *boom* de las nuevas ciudades chinas con todo su aparato de redes de transporte e infraestructuras asociado, o con el grado de extensión al cuerpo social que alcanzaron las hipotecas subprime en EEUU.

¹⁵ En palabras de Cédric Durand: «El sector financiero es, sin embargo, un maestro en el arte del chantaje. Desde la crisis de 2008 ha conservado su posición hegemónica gracias a infusiones monetarias ininterrumpidas efectuadas por los bancos centrales, lo cual le ha permitido proseguir un proceso de valorización que había perdido completamente el contacto con la realidad, como se demostró en marzo de 2020, cuando el colapso financiero que lógicamente debería haber seguido a la serie de confinamientos provocados por la pandemia fue evitado por compras masivas y coordinadas de activos públicos y privados por parte de los bancos centrales. Sin embargo, en el nuevo contexto inflacionista, esta garantía monetaria está llegando finalmente al límite de su eficacia. Si los bancos centrales siguieran endureciendo su política monetaria, se produciría una crisis financiera en toda regla». Cédric Durand, «El fin de la hegemonía financiera», *New Left Review*, núm. 138, enero/febrero de 2023.

¹⁶ Ramón Fernández Durán, *El tsunami urbanizador español y mundial*, Barcelona, Virus, 2006.

¹⁷ Emmanuel Rodríguez e Isidro López, *Fin de ciclo: financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010)*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010.

El crecimiento y la transformación de las ciudades en el momento álgido de la burbuja inmobiliaria global ha sido posiblemente el fenómeno territorial y ecológico más destructivo de la muy destructiva historia del capitalismo. Y muy posiblemente, la posibilidad de repetición aumentada de un ciclo inmobiliario-financiero como el que terminó en 2008 parece remota. El encarecimiento tendencial de los recursos en el nuevo modelo surgido tras la pandemia parece irreversible. Pero esto no quiere decir, ni mucho menos, que las finanzas abandonen las rentas del suelo ni dejen de considerar la vivienda como un activo con el que especular. Como hace ya años puso encima de la mesa la geografía crítica de David Harvey o Neil Smith, el proyecto neoliberal no se puede comprender sin comprender su dinámica de entrega del espacio urbano a las necesidades de las finanzas y sus sectores auxiliares.¹⁸ La presión de las finanzas sobre los mercados inmobiliarios y las economías urbanas, precisamente porque la rentabilidad hoy es más difícil de obtener que durante la burbuja global, no va a relajarse, como bien se puede ver en los mercados de alquiler de todo el mundo. Los conflictos políticos en torno al acceso a la vivienda, lejos de remitir seguirán siendo centrales, y con ellos, la política antagonista en la ciudad.

La migración del capital

En los últimos cuarenta años, el capitalismo global ha ido desplazando sus contradicciones a futuro mediante innumerables reestructuraciones geográficas y financieras de la producción. Las finanzas, en tanto «vanguardia» del poder capitalista, han traducido su creciente capacidad para succionar riqueza socialmente producida en gigantescas masas de dinero con las que han podido tanto rediseñar los procesos productivos como abrir nuevos nichos de simple y llana desposesión.

En cada una de estas ocasiones en las que el capital ha desplazado exitosamente sus costes a futuro, lo ha hecho diseñando unas líneas diferenciales de descarga de costes sobre clases sociales, poblaciones, territorios y ecosistemas. Estas han reforzado y aumentado los intrincados esquemas de dominio y jerarquía que definen el orden capitalista tardío. Las migraciones del capital, sin intervención estatal, provocan una desvalorización inmediata de territorios y poblaciones enteras. En una mezcla de automatismos y acciones conscientes, tanto instituciones estatales como regionales y locales del Occidente capitalista intentan controlar una desvalorización drástica de población y territorio escalando el gasto público para evitar la huida del capital.

En ese proceso de desplazamiento territorial y dominación social, la reproducción ampliada del capital, el mandato de acumulación incesante y creciente que gobierna el capitalismo, ha ido produciendo una «ecología

¹⁸ David Harvey, *Los límites del capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024 y Neil Smith, *Desarrollo desigual. Naturaleza, capital y la construcción del espacio*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010.

mundo» capitalista, por utilizar el término con el que Jason Moore amplía la «economía mundo» de Wallerstein,¹⁹ a través de su impulso de descarga de los costes de energía, trabajo, alimentos y materias primas del proceso de producción, es decir, de la reproducción permanente del orden de dominación y jerarquía de clases sociales, territorios y ecosistemas.

Esta «ecología mundo», actúa para las formaciones sociales concretas como una «naturaleza»²⁰ que el capital produce para reproducir sus condiciones de posibilidad, su ecosistema, que no es ni solo físico, ni solo social, sino las dos cosas a la vez. En la medida en que es precisamente la tendencia irreversible al aumento de los costes en energía, trabajo, materias primas y alimentos lo que define de manera más inmediatamente visible las perspectivas de futuro inmediato de la acumulación capitalista, también se dispara el coste de producir un nuevo ecosistema capitalista, con sus largas cadenas de dominación y jerarquía, que pudiera suponer un alivio más o menos estable para las crecientes contradicciones que atraviesan el proceso de acumulación capitalista a nivel global.

Como vemos en uno y otro caso, para cerrar este círculo, un capital en crisis de rentabilidad permanente necesita cada vez más de la intervención de los Estados para simplemente realizar esa operación de la reproducción ampliada del proceso de acumulación a la que la ciencia económica *mainstream* llama «crecimiento».

La onda larga de la crisis capitalista no solo sigue profundizando la destrucción de lo que fueron los mercados de trabajo protegidos desde los que se fraguó la legitimidad del modelo fordista occidental, sino que cuarenta años de deslocalización de la producción en busca de costes laborales, fiscales y ambientales más baratos han terminado por minar desde dentro la posición de Estados Unidos y Europa en el capitalismo global. Siguiendo una secuencia histórica que se iniciaría en los años ochenta, y se consolidaría durante los años noventa y dos mil, en este momento histórico el capital productivo está ya terminando su migración hacia los nuevos polos de acumulación asiáticos. El desplazamiento, ya consumado, del centro de gravedad de la producción capitalista a Asia y más concretamente a China, ha dejado a las sociedades capitalistas, que fueron el mando del sistema-mundo, en una posición de relegación que contrasta con unos discursos oficiales en los que el mundo desarrollado sigue situándose en EEUU, Canadá, Europa y Australia, frente a una masa de países emergentes que aún estarían en el proceso de *catching up*.

Sin caer aún en la turbulencia abierta, los elementos de caos sistémico capitalista siguen siendo bastante visibles y, más importante, escapan en gran

¹⁹ Jason W. Moore, *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020.

²⁰ Aquí Moore, a quien se suele correctamente situar en la actualización de la escuela de los sistemas-mundo de Wallerstein y Arrighi, muestra su deuda con el Neil Smith de *Desarrollo desigual* utilizando y ampliando la noción de la producción capitalista de la «naturaleza».

medida al control de los Estados nación capitalistas occidentales. La previsible explosión de la demanda que siguió al final escalonado de los confinamientos en 2022 puso en evidencia que el papel de China como centro casi único de la vida económica global ha transformado las redes logísticas globales y ha acelerado la hegemonía china de la producción capitalista pero sin que se aprecie demasiado interés por parte de China en ir más allá del control material de la producción global.

La fase verde del capitalismo financiero global

No tanto la crisis ecológica como su resolución en términos capitalistas son el centro discursivo sobre el que pretende relanzarse el crecimiento global. La crisis climática, como elemento más visible de una gigantesca crisis ecológica, se ha agudizado visiblemente en estos años, en gran medida como consecuencia de los brutales impactos ecosistémicos y sociales de los años del *mega boom* de la urbanización global. Frente a esta evidencia de la crisis ecosistémica y el cambio climático, todos los aparatos ideológicos del capitalismo global actual nos dicen que esta se puede resolver gracias a la capacidad de innovación y emprendimiento, invariablemente atribuida al espíritu capitalista, aunque para que esto suceda sean indispensables niveles crecientes de inversión pública de clara inspiración neokeynesiana.

Todo tipo de agencias capitalistas, ya sean financieras o industriales, y todo tipo de agencias estatales en todas las escalas geográficas, se reclaman como parte interesada en esta extraña operación de salvación del capital a cargo de sí mismo que tendría como efecto derivado la salvación de la vida humana en la Tierra tal y como la conocemos. Ni capitalistas ni Estados parecen tener el menor problema para moverse sin resistencias significativas dentro de esta matriz discursiva, ni para distorsionar interesadamente las principales lógicas políticas que el movimiento ecologista ha ido diseñando a lo largo de los últimos cuarenta años, sin que nadie se oponga significativamente.

Las finanzas entendieron durante los dos años de la pandemia,²¹ que cualquier posibilidad de mantener su hegemonía sobre el capitalismo actual depende de su capacidad de situar la transición ecológica y el capitalismo verde en los mercados financieros como valores y activos a negociar. Entre

²¹ La carta de Larry Fink, CEO de BlackRock, la mayor gestora de activos del mundo, a los accionistas a principios de 2021, es quizá el documento fundacional del capitalismo verde como nuevo discurso legitimador del capitalismo global. En esta carta, Fink hablaba de crisis climática y de agotamiento de los recursos, pero sobre todo prometía que invertir en capitalismo verde puede generar *shareholder value* en abundancia. El tono de la carta de Fink siendo siempre de expansión de los mercados financieros, de agregación de nuevas fuentes de beneficios garantizados por Estados nación e instituciones supra nacionales, en ningún caso, se percibe intención de sustitución o supresión de mercado existente alguno. Disponible on line en: <https://www.blackrock.com/corporate/investor-relations/2021-larry-fink-ceo-letter#:~:text=We%20are%20carbon%20neutral%20today,transition%20to%20net%20zero%20today>.

otras cosas, tener un pie en el capitalismo verde permite a las finanzas una desvinculación parcial de los parámetros políticos del neoliberalismo en declive. Por decirlo en términos propiamente financieros, la apuesta, siempre relativa, por el verde diversifica la cartera de discursos políticos que pueden asumir las finanzas como propios y, por lo tanto, evita riesgos.

ESG, Environmental and Social Governance, es el nombre que las finanzas han dado a su nuevo eje «verde». En este caso, los múltiples objetivos cuantificados en las distintas cumbres del clima desde Tokio sirven como referentes de nuevos métodos de auditoría contable y de valoración de activos que, en última instancia, vehiculan la canalización de los flujos de capital financiero hacia lo que pretende ser un nuevo ciclo de expansión financiera similar a los anteriores ciclos tecnológicos. Las finanzas no tienen el mismo tipo de control sobre los procesos productivos asiáticos que han tenido durante el largo desmontaje del aparato productivo fordista, y saben que van a ser los Estados quienes canalicen el régimen de beneficios de las empresas privadas que cuelgan de los ambiciosos planes de reindustrialización verde de Next Generation en Europa o la Inflation Reduction Act en Estados Unidos. En este marco, si los Estados hablan el lenguaje del capitalismo verde, también lo hablarán las casas de finanzas y las empresas globales que aspiran a controlar tanto la inversión como la deuda estatal.

No parece que la ESG vaya a convertirse en algo más que un sistema contable satélite mediante el que las finanzas se posicionan para extraer y centralizar el beneficio que generen las subvenciones millonarias a los nuevos sectores verdes. La imposibilidad última de establecer un sistema de precios para los activos «naturales» y «sociales» que permita una lectura monetaria de los beneficios y las pérdidas hace que no pueda ir mucho más allá de la rentabilidad financiera ordinaria de las nuevas industrias verdes.

Las finanzas han rehecho sus nichos de beneficios extraordinarios en otro lugar: los mercados de energía y materias primas, reorganizados desde los mercados de gas y de emisiones de carbono, se han convertido en el núcleo del capitalismo verde realmente existente. Este proceso aprovecha la confusión permanente que supone asumir que los precios son señales claras e inequívocas de escasez o abundancia física de recursos. Algo de lo que los movimientos ecologistas son bastante responsables. Esta confusión está en el centro de los beneficios extraordinarios de los agentes financieros que negocian con activos energéticos y financieros a la hora de subir sus márgenes cuando, por un motivo u otro, los mercados predicen escaseces futuras. Es cada sacudida de estos mercados lo que provoca oleadas superpuestas y sucesivas de encarecimiento de los inputs del capital, pero también de los precios de los productos básicos para la vida, que constituyen la manifestación primera y más visible de la crisis inflacionista a la hora de mantener los requerimientos de rentabilidad de las finanzas.

Pero el capitalismo verde no solo promete beneficios, también promete cosas como una «transición justa» a la sostenibilidad, la descarbonización

de la economía y hasta un nuevo acuerdo social a la manera de los grandes acuerdos políticos que sancionaron el nacimiento de los modelos sociales fordistas: el Green New Deal. Todos estos bellos términos, y los no menos bellos sentimientos que los motivan, chocan contra algo que nos enseñó la economía ecológica: la imposibilidad de reducir a precios los intercambios de materia y energía que constituyen la dinámica de los ecosistemas. Esta imposibilidad marca el límite absoluto que impide que haya forma alguna de integración de las dinámicas ecosistémicas en los circuitos del capital, gobernados, como están, íntegramente por el dinero, la rentabilidad y la cuantificación.

El dinero es la herramienta que desarrolla el sistema capitalista para reproducir las posiciones y jerarquías de poder en la reproducción ampliada del capital, de la misma manera que el salario, desde el punto de vista del capital, ya es el pago por el coste de la reproducción de fuerza de trabajo, energía y recursos. El dinero, en tanto forma plenamente integrada en el circuito del capital, no puede compensar de ninguna otra manera la destrucción de los ecosistemas necesarios para la reproducción de la vida.

En resumen, la crisis de la ecología-mundo capitalista no se puede resolver con dinero, y la única forma de resolución, o desplazamiento, que conoce el capitalismo es la forma-dinero en su multiplicidad de variantes. Lo único que puede hacer el capitalismo con la crisis climática, o con cualquier otra, es convertirla en un negocio. De alguna manera, en este momento histórico, estamos tocando una contradicción muy profunda entre el valor de uso y el valor de cambio, un conflicto entre el mundo que crea el dinero y todo aquello que no ha sido monetizado directamente tras siglos de acumulación capitalista global. Por eso podemos decir que estamos en una crisis terminal.

Ganadores y perdedores del capitalismo verde

Más allá de su evidente función legitimadora del nuevo papel de los Estados nación capitalistas como sustentadores del orden económico, y sus posiciones jerárquicas, la decadencia económica de Europa y, en menor medida, de Estados Unidos, en tanto polos territoriales más afectados por la crisis de sobreproducción permanente y el estancamiento secular de la productividad del trabajo, les incapacita para desarrollar nuevas ventajas competitivas en el capitalismo verde.

China domina casi de forma absoluta las principales nuevas industrias verdes, con las energías renovables y el coche eléctrico como productos estrella. El Partido Comunista de China bendijo al capitalismo verde en los discursos ante la ONU de Xi Jinping en 2021, dejando claro que los nuevos sectores están tan sujetos a la dinámica de construcción de la hegemonía productiva china como cualquier otro. Lejos de los triunfalistas planes de reindustrialización y empleo de masas sobre bases «sostenibles», en términos económicos lo que queda es una pelea competitiva entre Estados Unidos y Europa por ver quién se lleva las migajas que deja China. Y en este sentido, el giro al

proteccionismo verde del gobierno de Joe Biden con la Inflation Reduction Act, que prevé una movilización de subvenciones para atraer capital adicional muy por encima de la que asignan los fondos Next Generation de la UE, vuelve a dejar clara la posición subalterna de la Unión Europea en este reparto de posibles nichos de acumulación a futuro.

En efecto, sobre todo la conocida como Inflation Reduction Act (IRA), pero también otras leyes del gobierno de Joe Biden, como la CHIPS Act, suponen la mayor intervención en términos de inversión industrial de las últimas décadas en Estados Unidos. Estas políticas expansionistas del gasto, así como de estímulo económico generalizado, componen las llamadas *Bidenomics*. La IRA moviliza casi 800.000 mil millones de dólares en inversiones directas en infraestructuras e industrias «verdes» para favorecer una «transición justa» a una economía «descarbonizada». Siendo equivalente en intención al plan de estímulo Next Generation de la Unión Europea, la IRA dedica más recursos a las industrias emergentes del capitalismo verde y, además, incluye disposiciones proteccionistas y arancelarias para poner barreras de entrada, precisamente, a los capitales europeos, con el fin de conseguir una posición de ventaja competitiva frente a la UE, aunque ambos bloques económicos queden subordinados a China en el nuevo orden productivo mundial pospandémico.

Esta ley supone también un cambio cualitativo. El discurso del capitalismo verde, no así su puesta en marcha efectiva, ha sido patrimonio de la Unión Europea durante los últimos treinta años. La «visión» institucional y de gobierno de una economía basada en las energías renovables, el coche eléctrico, una nueva fiscalidad ecológica y un nuevo entramado industrial circular que tendría como efecto la reducción de emisiones de GEI es algo muy novedoso en Estados Unidos. A esto le sumamos que en Estados Unidos, donde el ciclo de desinversión pública neoliberal fue mucho más duro que en Europa, hay un fuerte déficit de infraestructuras colectivas sobre el que articular una política de reconstrucción de corte neokeynesiano con capacidad para liderar una cierta recuperación, al menos en el corto plazo. Sin embargo, como defienden Robert Brenner y Dylan Ryley, en otro de los debates sobre la forma de la crisis capitalista hoy,²² tras cuarenta años de exceso de capacidad industrial este *revival* de la política industrial no va a ser suplementado por la iniciativa privada y tampoco va a sacar de la tumba al modelo socialdemócrata.

En Europa, claramente el polo perdedor de las transformaciones recientes, la puesta en marcha de una nueva política industrial «descarbonizada» ha venido seguida, casi de inmediato, por la aparición de excesos de capacidad y la necesidad de una nueva ronda de desindustrialización que tiene por epicentro la crisis de la industria del automóvil. En esta ronda la, hasta hace poco, imbatible industria de exportación alemana con toda su gigantesca red de cadenas de subcontratación está sufriendo un duro golpe, a pesar incluso de la enorme cantidad de dinero que el Estado alemán está disponiendo

²² *Sobre el capitalismo político: el nuevo debate Brenner*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024.

para amortiguar los efectos de la nueva crisis industrial. No deja de ser paradójico que esta crisis industrial alemana se haya manifestado cuando Europa, con Alemania a la cabeza, está sintiendo los efectos de los mayores niveles de inversión en el nuevo modelo industrial del Green New Deal. Donde se podría esperar un nuevo empuje de sectores descarbonizados y descarbonizadores punteros aparece un vacío gigantesco de crecimiento y productividad. El vacío es de tal tamaño que la propia Unión Europea ha reconocido su existencia y le ha puesto un precio a pagar por los Estados en el Informe Draghi de septiembre de 2024, todo esto solo cuatro años y medio después de que se proclamara el programa Next Generation como la puerta de entrada a una nueva Europa líder de las industrias descarbonizadas, el empleo de calidad y la productividad agregada.²³

Los primeros compases de la guerra de Ucrania fueron el momento idóneo para que Estados Unidos asestara un golpe seco a Alemania y le pusiera en el que todavía es su lugar de potencia de regional tutelada, después de haber ocasionado y perdido dos guerras mundiales.²⁴ El medio para poner en su sitio a Alemania ha sido el desencadenamiento consciente por parte de Estados Unidos de una crisis energética en toda regla sobre la misma Alemania, al obligar a sustituir las compras de gas a Rusia por otras al mismo país americano, si bien considerablemente más caras. Por otro lado, es imposible ser más ciego de lo que lo han sido las élites alemanas desde la declaración de la crisis del euro en adelante. Con los gobiernos de Merkel, con el infame ministro Schaüble a la cabeza, obcecados en aplicar el corsé austeritario a los díscolos países del sur precisamente para salvar a la industria alemana, mientras exportaban felizmente los mismos bienes de capital a China con los que terminaría de desplazarla, es fácil decir que Alemania ha tenido justo pago por su falta de visión. En cualquier caso, por ahora, la respuesta del gobierno de coalición progresista alemán para con su propia crisis ha sido justo la contraria de la que operó el gobierno de Merkel en 2008 en relación con los países del sur: relajar los niveles de déficit público e inundar Alemania y la Unión

²³ El Informe Draghi sitúa un déficit de 3.300 millones de euros de inversión pública en las nuevas industrias verdes europeas y propone un plan de emisiones de deuda mutualizadas para escalar aún más la intervención de los Estados europeos, con el fin de rescatar la producción capitalista industrial en Europa. Disponible online en: https://commission.europa.eu/topics/strengthening-european-competitiveness/eu-competitiveness-looking-ahead_en

²⁴ Las desavenencias económicas entre Estados Unidos y Alemania son de larga data. En su último episodio antes de la invasión rusa de Ucrania en 2022, venían de la crisis del euro y su resolución en un ajuste considerable de las economías del sur de Europa. El entonces gobierno de Obama no entendía por qué Alemania se negaba a conceder una quita de la deuda a Grecia sin estrangular su economía pública. Desde el punto de vista de la Casa Blanca, al igual que de instituciones como el FMI, poco sospechosas de blandas en la aplicación de ajustes estructurales, el gobierno de Merkel estaba poniendo en riesgo la estabilidad financiera global por dar una lección a una economía con un PIB del tamaño del de Wisconsin.

Europea de gasto público mutualizado. Mientras, desde la Unión Europea, en coalición con Francia y el resto de la Unión, se lanza a la desesperada a un intento de proteccionismo generalizado frente a las exportaciones chinas de coches eléctricos: el mismo coche eléctrico que tan solo en 2020 iba a poner a Europa al frente de la industria automovilística mundial.

Por otro lado, para terminar el repaso, los «ganadores» de esta fase de la crisis, China en particular y Asia en general, heredan un capitalismo renqueante en su capacidad para producir ciclos de crecimiento como los del largo ciclo de cuatrocientos años de hegemonía europea. El gigantesco exceso de capacidad que plaga la economía global también afecta a los límites de la expansión china, límites amortiguados por la impenetrabilidad de su gigantesco sector interior a los flujos de capital financiero occidental, pero palpables ya en varios sectores, especialmente el inmobiliario. Casi con toda seguridad los ciclos de crecimiento que vengan tenderán más a solidificar las desigualdades y la pobreza ya existente en los países asiáticos en el medio plazo, siempre contando con la exportación de fuerza de trabajo sobrante en forma de migrantes a Europa y EEUU, que a construir una clase media gigantesca blindada como fue el caso del modelo del Estado de bienestar europeo. De hecho, es más bien al contrario, el modelo laboral europeo converge con la desregulación, la temporalidad y la informalidad de los mercados laborales del Sur global.

Políticas de clase desde la reproducción social

Una vez que la producción capitalista privada ha abandonado Europa y se mantiene mediante subvenciones en Estados Unidos, es en el ámbito de la reproducción social, donde una nueva política de clase tendrá que encarnarse en el sujeto que convierta la ya permanente crisis del capitalismo en modelos sociales, territoriales y ecosistémicos vivibles. Los conflictos en la reproducción se materializan en forma de nuevos enfrentamientos entre los expulsados del orden salarial contra las distintas agencias de las finanzas, que, a su vez, redoblan su presión sobre un cuerpo social crecientemente depauperado. A la extracción de rentas a través de mecanismos clásicos como el endeudamiento y las rentas inmobiliarias, hay que sumarle los novedosos mecanismos de extracción de rentas a través de las distintas formas de suministro básico de energía o productos de primera necesidad, siempre bajo figuras de fuerte regulación pública, de energía y materias primas que ya están tensionando fuertemente toda la estructura social, si bien en modos aún incipientes.

Bajo este conflicto capilar entre las finanzas y la población, hay otra capa de conflicto, aún más profunda y decisiva políticamente. La concepción que de sí mismo tiene el trabajo excedente, los expulsados del orden salarial tradicional, habitualmente hoy sigue siendo el ejército de reserva.²⁵ En este

²⁵ Véase sobre esto Emmanuel Rodríguez, «La lenta caída de las sociedades del Norte global», *Cuadernos de estrategia*, núm. 2, 2024.

caso, se mantiene la disponibilidad para entrar en los mercados de trabajo con la esperanza de que la situación mejore o aparezcan mejores oportunidades en algún otro lugar. En algunas partes del mundo, fundamentalmente en el Sur global, esta ha sido toda la subjetividad posible para las masas trabajadoras, el ejército de reserva, siempre en expectativa de destino. Pero hay otra posibilidad, que solo puede ser construida políticamente, la de un trabajo excedente que se sabe inempleable y, por lo tanto, se desvincula del capital. Ese sería el objetivo último de una política de clase en la esfera de la reproducción, construir cultural y materialmente la posibilidad de una desconexión, al menos parcial, de los mercados de trabajo capitalistas como medio de vida.

Afirmar la primacía política del orden de la reproducción es, simplemente, una llamada a terminar con los múltiples residuos socialdemócratas y keynesianos que aún pueblan el imaginario de la izquierda europea. Lejos de ser un mandato ideológico, esta afirmación se desprende sola del análisis del momento actual y de sus perspectivas de futuro. El mecanismo redistributivo central en las sociedades de base industrial era la negociación colectiva bajo la fórmula trinitaria capital-trabajo-Estado en la que se disputaba el destino del excedente económico. Hoy en día, en el marco de una economía con niveles de intervención de mercado como las actuales en el Occidente capitalista, los sindicatos son un apéndice del Estado, al igual que lo es la patronal. En última instancia, en ausencia de las figuras del capital productivo y la clase obrera fordista, queda una negociación del Estado consigo mismo en la que se ventilan los intereses sectoriales inmediatos de las distintas ramas del empleo protegido.

En resumen, en esta crisis de la ecología-mundo capitalista se desestabiliza la base de los órdenes políticos en el capitalismo occidental: la premisa de un crecimiento robusto al que habría que aplicar correcciones redistributivas para garantizar la legitimidad del modelo. En ese proceso, las reclamaciones económicas se convierten en un juego de suma cero entre grupos de presión. La desaparición progresiva del orden salarial como herramienta de agregación al orden capitalista deja al ámbito de la reproducción social como espacio casi único del conflicto social donde la política puede ser de clase y anticapitalista, y no un mero rosario inacabable de reclamaciones al Estado.